

I^{er} Relato encadenado GMM

AZUL

I^{er} Relato encadenado SMM

Coordinación editorial: Biblioteca SMM

Diseño y maquetación: Javier González



© Ediciones SMM

Portada:

Carla Míguez Casás (5º EP B)

Texto:

Marta Presedo Rey (3ºEP A)

Lucía M.^a Lorenzo Purriños (3ºEP B)

Sofía Arias Pardo (3ºEP C)

Inés Regueira López (3ºEP D)

Javier Iturbe Barcea (4ºEP A)

Luis Vázquez García-Garabal (4ºEP B)

Javier García Castro (4ºEP C)

Sofía Moyano Cadenaba (4ºEP D)

Marta Prieto de la Iglesia (5ºEP A)

Carla Míguez Casás (5ºEP B)

Daniel Gullón Álvarez (5ºEP C)

Clara López-Azcárate Fernández (5ºEP D)

Olalla Vázquez Gómez (6ºEP A)

David Hernández Díaz (6ºEP B)

Julián Corredoira de la Cuesta (6ºEP C)

Elena Rodríguez Rico (6ºEP D)

Álvaro Loureda Conde (1ºESO A)

Nicolás Castro Abeleira (1ºESO B)

Juan Bosco Barros Escudero (1ºESO C)

M.^a Teresa Villalba Patrocinio (1ºESO D)

Miguel Ángel Pastor Añíbarro (2ºESO A)

Noa Gandoy Varela (2ºESO B)

Carmen Suárez Fresco (2ºESO C)

Dominik Hozak Iglesias (2ºESO D)

Pablo Barrado Polo (3ºESO A)

Lucía Castro Souto (3ºESO B)

María Molina Alcázar (3ºESO C)

Irene Varela Seijas (3ºESO D)

Daniel Archilla Cardador (4º ESO A)

Adrián Chapado Temprano (4º ESO B)

Victoria Vázquez Pérez (4º ESO C)

Andrea Cañás Amor (4º ESO D)

Blanca Aguilera Franco (1º Bach A)

Sofía Griffini Serra (1º Bach B)

Pablo Marfany Liste (1º Bach C)

Gonzalo García-Barros Roura (1º Bach D)

Elena Cadavid González (2º Bach A)

Jacobo García Molina (2º Bach B)

María Martínez Candal (2º Bach C)

María Vázquez Chas (2º Bach D)

Ilustraciones:

Enrique Luengo Conde (Cascabel)

Nora Vázquez Calvo (Maracas)

Valentina Blanco Suárez (Luna)

Victoria Plaza Martínez (Cohete)

Haochen Yao (Peces)

Ángel Cardalda Lendoiro (Pingüino)

Marcos Diz Vázquez (1º EP A)

Sofía Lado Maceiras (1º EP A)

Jacobo Quiroga López de Manterola (1º EP B)

Iván Rubio Colino (1º EP B)

Hugo Arias de castro (1º EP C)

Óscar Aydillo González (1º EP C)

Cecilia Ponce de León Fontán (1º EP C)

Julia Prieto Merino (1º EP C)

Lucía Vázquez Suárez (1º EP C)

Andrea Castro del Corral (1º EP D)

Teo Rocha Fernández (1º EP D)

Amelia Areal Daviña (2º EP A)

Amalia Gómez Costas (2º EP A)

Marieta Román García (2º EP A)

Alba Cerdeiriña Bravo (2º EP B)

Julieta Fierro Cuesta (2º EP D)

Para todo Santa María del Mar,
no se nos ocurre mejor modo de celebrar este día
que escribiendo una historia entre todos.
¡Esperamos que os guste!

23 de abril de 2024, Día del Libro



Estaba en algún lugar de A Coruña, cerca de la conocida Torre de Hércules, cuando escuché cómo alguien me susurraba al oído palabras que fui incapaz de descifrar, tal vez por el gentío o el hipnotizador sonido de las olas chocando con las rocas de la costa gallega. Me giré sin saber que la persona que encontraría a mi vera cambiaría el rumbo de mi monótona vida.

Era un hombre de mediana edad, ni muy alto ni muy bajo. Yo diría que no era ni rubio ni moreno, como tampoco iba mal vestido ni muy elegante. No sabría decir si era fuerte o si estaba un poco pasado de kilos, pero lo que sí me quedó claro es que tenía una voz melódica, que pude apreciar cuando me dijo, mirándome a los ojos, la palabra clave: azul.

Tras escuchar esa palabra, "azul", sentí una extraña conexión con el hombre, como si esa única palabra hubiera removido algo en mi interior. Sin entender por qué, sabía que debía seguir la conversación, explorar qué significaba aquel encuentro.

—¿Azul? —repetí, con una mezcla de curiosidad y cautela.

El hombre asintió y, con una sonrisa enigmática, torció su cuerpo dándome la espalda para marcharse. De pronto, un torrente de recuerdos inundó mi cabeza. Aquel conglomerado de confusión e incredulidad en mi cabeza se disipó ante un momento de lucidez. Apresurado pues, corrí a casa sin olvidar aquella firme mirada... Sus palabras resonaban en mi mente y empañaban mis pensamientos, ¿de quién se trataba? Antes de entenderlo, llegué a casa.



Al día siguiente, pensé en las palabras de aquel hombre y recordé que mis padres tienen muchos parientes lejanos que yo no conozco.

—No le voy a dar más vueltas —me dije. Y enseguida me fui al colegio.

De vuelta a casa, aquellas palabras seguían retumbando en mi cabeza, así que decidí acercarme de nuevo a la Torre. Mientras observaba el paisaje escuché la misma voz, pero esta vez decía algo distinto.

—Mar.

Me di la vuelta rápidamente, pero no había nada ni nadie, solo aquel paisaje tan bello y yo. Después de ese encuentro, volví varias veces más, pero sus palabras no cambiaban y solo escuchaba el rumor del mar, me estaba volviendo un poco loco.

¿Qué conexión tendrán esas dos palabras?, ¿estarán relacionadas con los faros, con el mar o con aquel lugar? No tengo ni idea, lo único que sé es que aquel hombre me resultaba familiar.

Seguía pensativo, así que decidí volver para investigar sobre lo que me había dicho el extraño hombre. Subí a lo alto del faro para observar mejor el mar, buscando algún indicio que me pudiera ayudar a resolverlo. Cuando ya lo había dado por perdido, encontré la pista que estaba buscando; de repente, se encendió el faro y descubrí un papel escondido en la linterna. La abrí con mucho cuidado, recogí el papel que había dentro e intenté leerlo, pero no pude. Las palabras iban y venían, hasta que me di cuenta de que era la luz del faro la que encendía y apagaba las palabras. Al fin lo pude leer con claridad:

*‘En el mar azul te tendrás que bañar
para la siguiente pista poder encontrar’.*

Bajé corriendo de la Torre, muy emocionado con mi descubrimiento, cuando me encontré con mi amigo Juan paseando a su perro. Lo saludé muy alegre y nervioso por lo que le iba a contar. No quería que me tomara por un loco.



Se lo conté con miedo, pero, para mi sorpresa, me creyó y me ofreció su ayuda. Al día siguiente quedamos para ir juntos a la playa de 'As Lapas', la que está justo al lado de la Torre, supusimos que era un lugar adecuado para empezar nuestra investigación y encontrar alguna pista.

Nada más llegar a la playa, nos tiramos al agua sin pensarlo y buscamos sin parar, pero no encontramos nada. Con frío, salimos del agua y nos fijamos en la luz del faro, ya que era el lugar en el que había encontrado la primera pista, deduje que su luz nos podría guiar a la siguiente.

Tardamos un tiempo en llegar al punto exacto que señalaba el faro. Estaba más lejos de lo que pensábamos en un principio. Cuando llegamos, Juan se zambulló en medio de las algas sin darme tiempo siquiera a abrir la boca.

Al cabo de un rato, emergió del agua gritando: —¡La encontré, la encontré! ¡está dentro de una botella! —Apresurado, me acerqué a él para verlo con mis propios ojos. Estábamos eufóricos. Juan había encontrado la segunda pista.

Cansados, pero contentos, salimos del agua para poder leerla con tranquilidad. Al llegar a la orilla nos tumbamos exhaustos en las toallas. Una vez que recuperamos el aliento, nos miramos con complicidad y sonreímos. Estábamos impacientes por ver lo que había dentro de la botella. Con cuidado sacamos el papel que había en su interior y, sorprendidos, vimos que en esta ocasión nuestra pista era un dibujo que representaba una especie de sala de cine antigua con un 15 marcado, pero no sabíamos lo que podría significar.

Al día siguiente, Juan me llamó por teléfono, muy temprano. Estaba muy alterado y hablaba muy apresurado:

—¡Ya lo sé! ¡lo tengo! ¡he dado con la solución! —dijo Juan.

—¡Tranquilo, tranquilo! ¡Pareces un guepardo rugiendo! —le contesté. —Cuéntame despacio lo que pasa.

—He descubierto lo que significa, es el Teatro Colón, antes era un cine, lo he buscado en Internet. Seguramente el número 15 se refiera a la butaca en la que tenemos que buscar —me explicó Juan.



Sin pensármelo dos veces, cogí mi bici y me dirigí ansioso hacia el Teatro Colón. Allí, en la puerta, me encontré con Juan. Él, no sé por qué, trajo a su perro Juancho. Le pregunté y este me respondió:

—Lo traigo para que nos ayude a encontrar la pista, obviamente.

Entramos sigilosamente a través de una pequeña ventana. Lo más complicado fue controlar a Juancho, que no paraba de ladrar y marcar territorio, lo cual fue bastante asqueroso...



Una vez allí, rebuscamos en todas y cada una de las butacas número 15 que había en el teatro, miramos a los lados, debajo, encima, detrás del respaldo... Pero nada, allí no había ni rastro de la supuesta pista.

—Juan, creo que nos hemos equivocado de sitio. Aquí no veo nada

—le dije cansado y decepcionado.

—¡Espera! —me indicó Juan.

—¡No es pera, es manzana! ¡Ja, ja, ja! —me hice el gracioso.

—¡Céntrate! —me contestó, —creo que Juancho nos quiere decir algo, fíjate cómo ladra.

—O tal vez haya encontrado un trozo de comida —dije con tono sarcástico.

—No seas pesimista, además, no tenemos nada que perder por intentarlo —me respondió él.

Así que los dos nos acercamos a Juancho y vimos una vieja caja bajo su pata. Rápidamente la abrimos y allí se encontraba la siguiente pista.

—Estaba en la butaca 13 —dijo Juan.

—¡Claro! ¡de tanto remover las butacas se ha movido de sitio! —contesté.

—Quizás esté ahí por el número de la mala suerte, el 13 —meditó él en voz alta.

—¡Vamos a abrirla! —soltamos los dos a la vez.

Juan abrió la caja y vimos un pergamino enrollado. Cuando lo desplegamos nos dimos cuenta de que estaba escrito en una especie de pictograma. Nos acordamos de nuestra profesora de Historia, en clase estábamos dando los antiguos tipos de escritura, así que le fuimos a pedir ayuda.

En el recreo fuimos a su despacho y le enseñamos el pergamino, ella se mostró muy interesada, sin embargo, no tenía los medios para descifrarlo. Como nos quedaba un poco de tiempo, decidimos ir a la biblioteca para investigar un poco más. En la parte baja de una estantería encontramos un viejo tomo sobre jeroglíficos. Ojeamos y hojeamos y, al fin, en la página 13, encontramos los símbolos que estábamos buscando.

Tras mucho esfuerzo conseguimos descifrarlo:

*“Debes buscar el narciso,
pero en la tumba,
para ser preciso”.*



No era una pista maravillosa, pero era lo único que teníamos, así que quedamos en ir a la ciudad vieja para seguir investigando. Descubrimos que, por la zona, en el jardín de San Carlos, se encontraba enterrado Sir John Moore. Allí había un narciso. ¡No podía ser casualidad! Se me ocurrió investigar el lenguaje de las flores, el narciso significa “incertidumbre”.

—¡Genial! —pensé, —otra pista que no lleva a ninguna parte.

Tras nuestra decepción, nos fuimos a dar un paseo para despejar la mente. Mientras caminábamos nos encontramos con ese misterioso hombre y lo seguimos. El hombre se giró fingiendo estar asombrado porque no esperaba que lo hubieran seguido. Realmente lo tenía todo preparado y empezó a correr hacia un callejón sombrío. Se giró para mirarnos. Esta vez sus ojos estaban vacíos y sin vida.

De repente, el hombre desapareció tras surgir una misteriosa niebla, o no tan misteriosa, ya que aparecía gracias a su compinche, que estaba escondida en un rincón con una máquina de humo.

Mientras escapaban el hombre y su compinche, se escuchó un ruido de caída, al oírlo salimos tras ellos y vimos lo que parecía una sombra escalando las paredes de los edificios antiguos. Como estaba todo muy mojado la compinche resbaló. Cuando la apresamos, la atamos con una manguera que encontramos en la basura y la intentamos interrogar, pero no respondía.

Entonces nos acercamos con Juancho y la mujer empezó a revolve, inquieta, y a decir que era alérgica a los perros, que lo alejamos de ella.

—¿Cuál es tu nombre? —le pregunté a la mujer, intrigado, mientras Juancho se iba acercando, interesado por la desconocida.

—Mi nombre es Manuela y quita a ese bicho de ahí —gritó irritada.

—Pues entonces dinos qué está pasando aquí —bramó Juan, apretando los puños mientras que con la pierna empujaba a Juancho hacia Manuela.

La mujer, esta vez muy enfadada, le pegó una patada a Juancho, que se estaba acercando, curioso, a olisquearla. Juancho, sorprendido, salió corriendo hacia la calle.



—¡Juancho para! —voceaba Juan mientras corría tras él. Para nuestro horror salió directo hacia la carretera, donde un camión estuvo a punto de arrollarlo. Manuela, aprovechando la situación, rompió la manguera, que por algo estaba en la basura y se escapó de nosotros.

—¡Nunca me atraparéis! —se burló, mientras huía hacia la carretera.



Entonces cogimos las bicis y la perseguimos por las calles del casco antiguo, pero no conseguimos encontrarla.



Al día siguiente, mis padres me dijeron que querían hablar conmigo. La última vez que me habían dicho algo parecido no había sido por nada bueno. Me preparé para lo peor y los escuché con paciencia, en esta ocasión querían llevarme a un profesional. Decían que me notaban raro y con un comportamiento esquivo desde hacía varios días.

—¡Como para no estarlo! —pensé para mis adentros.

La primera sesión fue muy lenta, no me apetecía colaborar, pero mis padres insistieron para que volviera y pusiera algo de mi parte, nunca los había visto tan preocupados. Pero lo único que realmente quería yo, era ver a Juan y seguir con nuestra investigación.



Cuando, por fin, mis padres me dieron un respiro y pude quedar con Juan, decidimos regresar al lugar donde atrapamos a Manuela. Tras una larga búsqueda, encontramos un trozo de tela enganchado a la máquina de humo que utilizaron para despistarnos. Para nuestro alivio, tenía grabado el nombre de una tintorería de las afueras de la ciudad. ¡No podíamos desaprovechar esta oportunidad, teníamos que ir!

Una vez allí, le preguntamos a la dependienta si tenía alguna cliente llamada Manuela y le dimos su descripción. Nos contó, con mucha reticencia, que esa misma mañana le había llevado una chaqueta con un roto y que pasaría a recogerla al día siguiente.

Por la mañana, nos acercamos a la tintorería, pero ¡cómo no!, estaba cerrada. Tras el cristal había un cartel que ponía:

*“Nos vemos donde
la luz guía a los barcos”.*



Nos quedamos unos segundos tratando de saber qué nos quería decir este nuevo acertijo.

Al leer la palabra “barco”, los recuerdos de estos días y todas esas palabras sueltas que, sin sentido alguno, me abrumaban, volvieron a mi mente.

Decido entonces regresar al comienzo de toda esta historia. Hablo con Juan y le explico lo que estoy pensando. Necesito ir solo.

Llego al faro, a la cima. Contemplo el paisaje. Un mar, inmenso, azul.

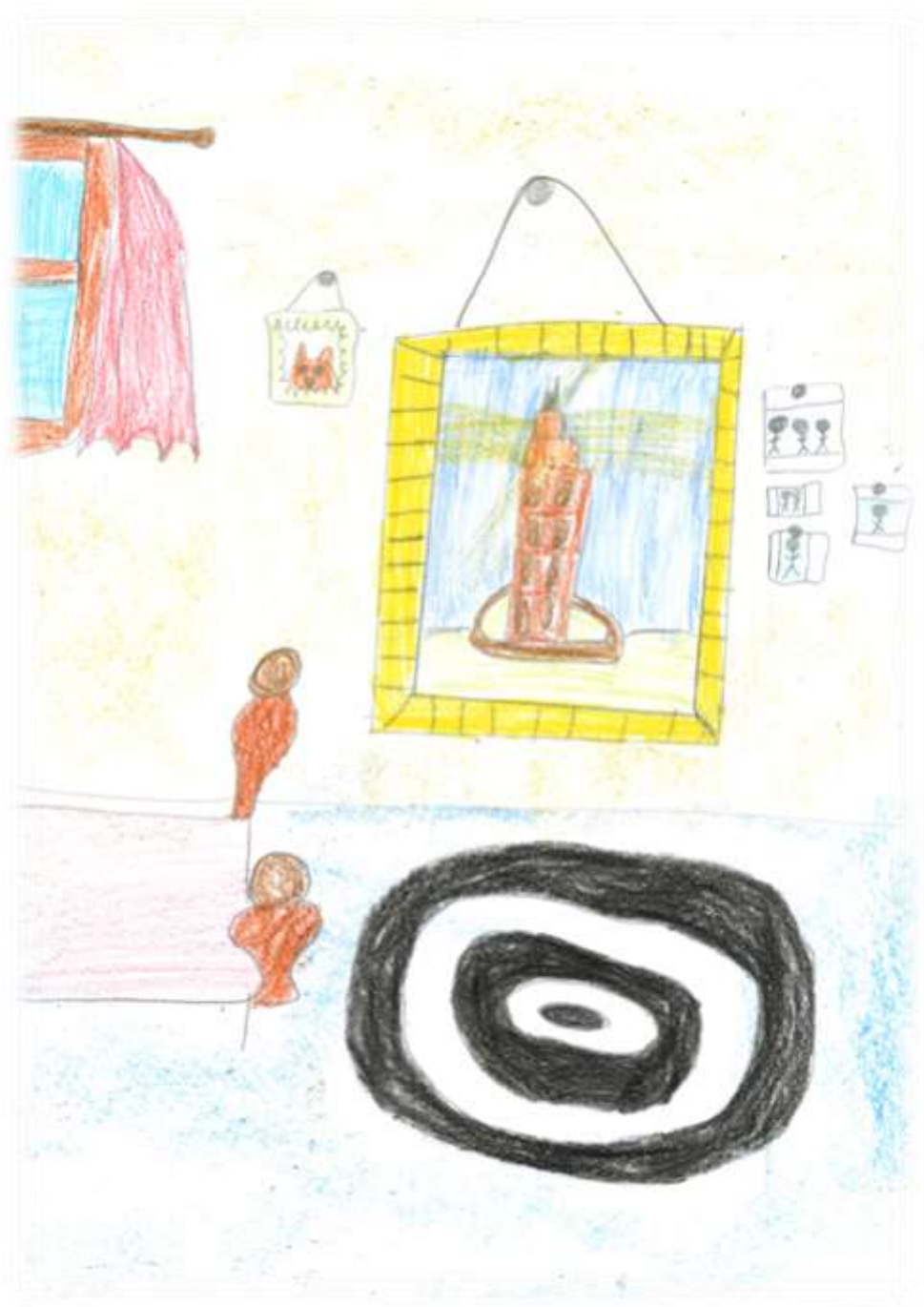
Es entonces cuando me paro a pensar y me pregunto si todo este viaje resulta ser un callejón sin salida, inventado por la locura de mi cabeza. Me encuentro aquí, solo en las alturas, planteándome todo lo ocurrido esta semana. Cómo discutí con mis padres, cómo recurrí en busca de ayuda a Carlos, el psicólogo, que resulta ser el único que me escucha durante toda esta paranoia. Y cómo he llegado hasta aquí, siguiendo voces y pistas. Pensando —¿y ahora?

De repente una mano tocó mi hombro, me giré y ahí estaba él.

Su mirada se clavó en la mía. De repente, sin esperármelo, me hizo una pregunta que nunca olvidaré y para la que aún no sé la respuesta.

—¿Por qué lo has hecho? —Una sensación de confusión y miedo llenó mi cuerpo y antes de darme cuenta, aquel extraño hombre ya no estaba. Me quedé casi una hora allí, parado, sin hacer nada, hasta que, sin esperármelo, se encendió la luz del faro.

Al principio no podía sostener la mirada, esta vez el fulgor era más fuerte que nunca, pero también más cálido e hipnotizante, no pasó ni un segundo hasta que mis ojos se dedicaron a seguir la fina línea dorada que cruzaba el firmamento. Mientras caminaba, me dediqué a meditar sobre por qué la luz del faro no giraba aquella noche, ¿en verdad estaba yendo a algún sitio, o tan solo era un delirio? La situación me recordó al cuento que mi madre solía contarme de pequeño, *El Mago de Oz*, y como Dorothy seguía el largo sendero de baldosas doradas. El recuerdo evocó un



singular sentimiento en mí, que rápidamente se desvaneció al contemplar el que parecía ser mi destino bañado por la luz dorada de la torre.

Me quedé de pie, inmóvil, igual que la luz del faro y con la mirada clavada en aquel punto fijo que parecía señalar; pero en mi cabeza los pensamientos, dudas y temores iban y venían continuamente, impidiéndome pensar con claridad. Entonces todo desapareció, como si algo dentro de mí lo hubiese mandado callar y reinó el silencio para dejar paso a ese algo, a ese sentimiento que me llevó inconscientemente a despegar los pies del suelo y empezar a caminar siguiendo el hipnótico haz de luz dorado, sin pensar en nada, sin saber nada, solo aquel impulso.

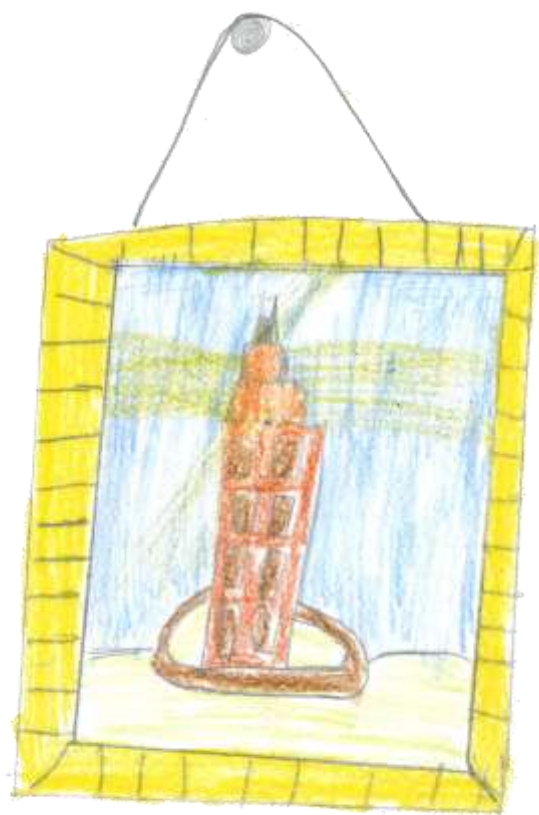
Su luz se intensificó, cegadora y pura, hasta que se transformó en el resplandor blanco y frío de una lámpara de hospital. Abrí los ojos lentamente, sintiendo el peso de mi propio cuerpo en la cama.

Todo había sido un sueño, un largo y vívido sueño mientras yacía en coma tras haberme caído en el lugar donde solía verme con Juan. Recordé entonces la tragedia: un día soleado que se tornó oscuro cuando las olas traicioneras se llevaron a Juan, dejándome solo con el eco de su risa y nuestros planes.

En ese mundo onírico, Juan y yo habíamos compartido una última aventura, buscando tesoros ocultos y resolviendo misterios como en los días de nuestra infancia. Cada pista, cada desafío, no era más que el reflejo de mi mente luchando por no dejarlo ir, por no aceptar que su risa se había extinguido para siempre en el susurro del viento marino.

Al despertar de aquel coma, con las imágenes del sueño aún nítidas en mi mente, sentí una mezcla de dolor y gratitud. Dolía aceptar que Juan ya no estaba, que nunca volvería. Pero estaba agradecido por esta última aventura.

Miré hacia el faro dibujado en un cuadro junto a mi cama y supe que, aunque el viaje con Juan había terminado, el faro seguiría guiándome. Ahora era tiempo de sanar con ayuda de Carlos y mis padres, de vivir por ambos y de llevar siempre conmigo el recuerdo de aquel que había sido más que un amigo, había sido mi hermano del alma. Con una lágrima deslizándose por mi mejilla me preparé para enfrentar el mundo de nuevo, llevando a Juan en cada paso del camino.





Día del Libro 2024

Relato realizado por el alumnado del Colegio Santa María del Mar con el objetivo de que toda la comunidad educativa sea partícipe de esta jornada.



Colegio
Santa María del Mar
Jesuitas - A Coruña

